

"Trances", de Alberto Rubio

● César Díaz-Muñoz Cormatches

CASO singular, acaso único en la historia de nuestra literatura, el de Alberto Rubio.

Hace largos años, densos de olvidos, modas veleidosas y superaciones reales, Rubio publica un libro de poesía —**La Greda Vasija (1952)**—, que en modalidad extraordinariamente original, desentendida de corrientes y escuelas en vigencia, a menudo toca el borde mismo de la perfección artística.

Luego guarda silencio.

A la muerte de Gabriela Mistral le oímos, en forma ocasional, nuevamente. "Sea la noche que tienda almohadas/ donde reposes, hijo el camino/ por donde vayas enneblinada,/ entre los sesgos del sol que huye,/ lejos de hierbas que te entrelazan".

Es cierto, asimismo, que en algunas antologías, junto a poemas seleccionados de su primer libro, se publican otros —nunca numerosos— con la indicación "inéditos". Pero estos últimos constituyen la excepción, que confirma la regla noble y sorprendente.

Alberto Rubio, después de la publicación de su primer libro, guarda un silencio obstinado de décadas.

Y, sin embargo, permanece presente.

No aparece, en efecto, estudio de nuestra poesía, panorama de ella o antología, cualquiera que sea la escuela, tendencia o capilla literaria de su autor, donde no esté él, el desasido, el huidizo. Sus **Señoriales Señoras, La Abuela** —que "Se puso tan mañosa al alba fría/ la cerrada de puertas, la absoluta de espalda/ cociéndose un pañuelo que nadie conocía"—, **El Celoso, Muralla por Caerse**, etc., aparecen una y otra vez, fielmente, con raro justiprecio.

Ahora nos entrega Editorial Universitaria un nuevo libro suyo, **Trances**.

Lo llevamos a la costa. Lo leímos —devorando las páginas una y otra vez— junto a un mar desapacible y beethoveniano. El asombro, la maravilla, no nos permiten reflexionar, como ocurre con todo placer verdadero, plenamente logrado. Se agudiza —como una hoja temblorosa— nuestra sensibilidad abierta, avasallada por el gozo; se ensanchan nuestras vivencias, abruptamente embellecido en entorno, desde el que parece surgir una inesperada reconciliación general.

"Tañe lejos el sol, vuela sonido/ bruñidor, silencioso de mañana,/ silencioso golpea a mi ventana,/ me susurra esplendores al oído" (**Oidor**, pág. 11).

Me susurra esplendores al oído...

La leyenda sostiene que el célebre pintor Degás quería escribir poesía y se dolía ante Mallarmé de lo infructuoso de sus esfuerzos. "Y, sin embargo, no me faltan ideas", le habría agregado en cierta oportunidad, a lo cual el poeta le habría respondido: "No es con ideas que se hacen versos, querido Degás, sino con palabras..."

¿Solamente palabras? ¿Palabras dispuestas musicalmente, es decir, en sabia u oportuna sucesión matemática y rítmica? ¿Nada más?

"¿Correré siendo sol por campos rasos,/ rayos mis pier-

nas de frugal alcance,/ si sangro sombra en vespéral percanche,/ rotos sanguíneos y solares vasos?" (**Inmóvil**, pág. 23).

Una primera y superficial lectura de **Trances**, de Alberto Rubio, por la perfección rutilante de la forma y la vida ancha y plena que cobran en cada uno de sus versos las palabras, podrían, equivocadamente, inclinarnos a convenir con Mallarmé en un arte meramente verbal.

Ello, empero, no es así.

Por el contrario, a medida que el lector se sumerge en el libro, aparece —hontanar poderoso y subyacente, inequívocamente causal— la sensibilidad peculiar del poeta: desasido y tenuemente irónico, con una ironía que lo vuelve benévolo, tolerante y sabio; azorinesco buscador, por propia inclinación, de la belleza y el significado de los seres y las cosas humildes, sin alarde ni espectacularidad —"Traje mío, agonizas prematuro"—, ajeno a toda búsqueda monumental, orfebre prolijo y perfecto de un mundo modesto, que rehúye lo orquestal, para buscar la interpretación in-

tima de un solista recogido, que ante todo interpreta para sí mismo su poesía actual (donde resuenan, sin menoscabo de su absoluta independencia y severa originalidad, ecos de Quevedo, según señalan acertadamente sus editores) es la expresión de esa manera suya, exclusiva y acusada, de ver y sentir la vida, con finura y modestia, sin estridencias ni patetismo, aun cuando pase junto al fondo mismo del vacío y de la tristeza inconmensurables de nuestro destino y entre hasta el fondo de ellos, siempre la sonrisa ática y sagáz, tenue, apenas dibujada en los labios. "Todo, menos pena", nos dirá el propio poeta en **Padre** (pág. 69), poema a Armando Rubio, el hijo poeta —"desbordante de generosidades, fuerzas, dones, en poco tiempo fruto a montones"— prematuramente partido, "faz de hostia absoluta en un segundo", como en el cumplimiento trágico e irracional del extraviado vaticinio de una gitana. "Todo, menos pena". Si se nos nublan de lágrimas los ojos al leer este poema, hondo y maduro, ¿son lágrimas de rebeldía? ¿Incapacidad para aceptar? ¿Pena?...